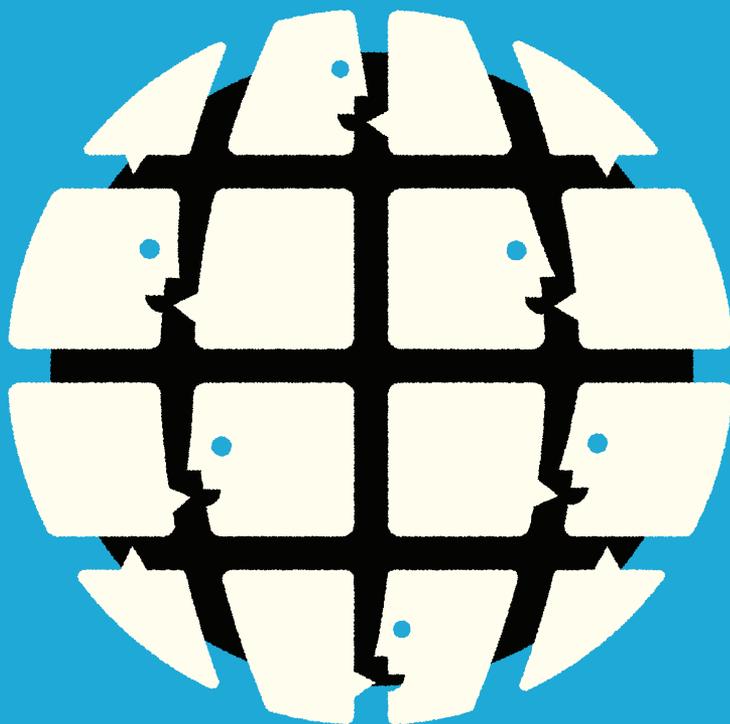


DAVID PUJANTE

El MUNDO
en la
PALABRA



*Retórica como antídoto
de necesidades*

Ariel

David Pujante

El mundo en la palabra

Retórica como antídoto de necesidades

Ariel

Primera edición: junio de 2024

© Jose David Pujante Sánchez, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3784-5
Depósito legal: B. 9.380-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

1. Mi papá también se llama Adán.	11
2. El discurso retórico como discurso cultural de Occidente (la perplejidad de Felipe)	31
3. Con mirada retrospectiva. La democracia y el nacimiento del ciudadano libre en el lenguaje	47
4. Los mimbres del discurso retórico. Las operaciones y las partes del discurso.	63
5. El tramado interpretativo del mundo. ¿Qué pretende enseñarnos Clint Eastwood en <i>Medianoche en el jardín del bien y del mal?</i>	81
6. Sigamos con el relato. Un ejemplo que nos llega de Polonia: <i>Core</i> de Andrzej Szczeklik	99
7. La luz de la metáfora	119
8. La retórica psicagógica y la razón poética.	137
9. ¿Eres de ciencias o de letras? Tradición humanística frente a tradición racionalista.	157
10. El <i>Quijote</i> , una fábula filosófica del humanismo hispano. Cervantes retórico	175
11. La <i>memoria</i> , un tesoro depreciado. El teatro de la memoria frente a la enciclopedia.	193
12. «Tú eres tu estilo». La quinta operación retórica .	215
<i>A modo de epílogo al lector.</i>	237
<i>Selección bibliográfica</i>	241

Mi papá también se llama Adán

Con cada humano surge por primera vez el mundo en la palabra. Nacemos y, desde el primer aliento, nuestros padres muestran el gozoso empeño por enseñarnos a nominarlo. Nuestra tierna mirada de asombro ante un pájaro que pasa por el cielo, ante el tortuoso y penoso recorrido de una hormiga que señalamos con nuestro dedito, convierte a cada nuevo progenitor en el padre Adán del mito edénico, dando nombre al mundo, para el hijo, por primera vez: «Mira, es una gaviota; mira las hormigas en fila, ¡qué trabajadoras!». Nuestros padres son nuestros primeros retóricos, es decir, los que nos enseñan la palabra apropiada para cada situación vivida, y así nos convierten en pequeños oradores, futuros seres sociales en la palabra. Aunque *retórico* y *orador* nos parezcan términos grandes, demasiado lejanos, e incluso con ciertos matices negativos (se ha entendido muchas veces lo retórico como sinónimo de hueco), ¡es un error que debemos erradicar! Porque su tarea original, la de la retórica, es encontrar las palabras apropiadas para una situación determinada, y así excitar o apaciguar nuestro espíritu, aplicando toda la intensidad posible a nuestro decir en la experimentación del vivir. Cada padre, sin tener conciencia clara de ello (y no hace falta), convierte a su niño en un pequeño intérprete del mundo, un descifrador del mundo, un decidor del mundo. Para lo cual le ofrece un código. Cada padre, así, es para los hijos un modelo de lector de aquello que

le rodea. Y lo hace por medio de la palabra. El mundo cobra sentido a través de la palabra, existe gracias a ella.

Con los códigos que nos ponen en las manos nuestros primeros enseñantes (primero los padres, luego los maestros), va construyéndose la realidad para nosotros; en la línea de interpretación de nuestros mayores; sin pensar, sin tener conciencia de que es una personal manera de ver y entender el mundo lo que han puesto en nuestras manos quienes nos guían.

Nos preguntamos: ¿qué sucede cuando no hay un proyecto humano que nos presente la Naturaleza, lo que nos rodea? ¿Qué sucede cuando Adán, nuestro Adán, nuestro padre, todavía no nos ha enseñado una mirada? Pues que nuestros ojos no saben ver. Ante ellos desfila una serie de figuras vacilantes, que nos resultan incomprensibles e incluso aterradoras, porque no entendemos ante lo que estamos, en mitad de qué mundo nos encontramos.

Nuestros padres cumplen con la misión adánica. Nos sitúan en el mundo. Sin duda ése es su cometido, su sagrado cometido. Pero con su educación (y éste es el peligro) asumimos que el mundo que ellos nos han enseñado y que está ahí, fuera de nosotros, es único: uno y siempre el mismo. Estando como estamos, todavía en los comienzos, cuando aún somos esos pequeños seres cuya manita va dirigida y protegida por la de nuestros padres, no es todavía el momento de someter esa mirada a crítica.

Presuponemos el mundo ahí afuera, siempre uno, siempre el mismo. ¡Cómo dudarlo! No hay nada más que mirar alrededor y constatar que el mundo es, en efecto, el mundo, uno e indubitable: los árboles, las nubes, el vecino con el que nos encontramos en la escalera... Se nos ha enseñado que nuestros entendimientos del árbol o de la nube son inalterables (hay una manera correcta de comprenderlos y otra equivocada), y que las relaciones que establecemos con nuestros congéneres son igualmente unidireccionales: buen vecino, vecino conflictivo.

La escuela debería ser la que nos introdujera en la conciencia de la multiplicidad, de la existencia de una gran variedad de miradas; aunque no siempre es así. Por el contrario, y con demasiada frecuencia, en las escuelas se prosigue (y se persigue como finalidad) la enseñanza de un conocimiento único, de una verdad incuestionable. Se mira acríticamente hacia atrás: aprendemos de forma unívoca la historia de nuestros antepasados y, de la misma manera, experimentamos el día a día de los acontecimientos que nos toca vivir. Estamos amenazados por todas partes por el pensamiento único, acrítico, impositivo. Y la enseñanza suele centrarse, y parece consistir más en transmitir una serie de conocimientos codificados o listados de información (un saber cuantitativo) que en hacer de las mentes de nuestros escolares mentes críticas. Se les da el paquete de la enseñanza, envuelto y bien atado (¡qué más da si en un ordenador o en un libro impreso!), y no se les invita a abrirlo, a destriparlo, a examinar su contenido. Más bien parece una píldora que haya que tragar. Sobre todo en este mundo tecnificado y enajenado de las humanidades cada vez más.

El empeño por afianzar la visión única del mundo queda de manifiesto hoy (no hay que irse muy lejos, hablo de la España actual) en esos padres ultraconservadores empecinados en que sus hijos no reciban educación sexual en las escuelas (aunque cualificados sexólogos consideren que entender la sexualidad fomenta un mayor respeto por uno mismo y hacia los demás), o lo encontramos también en esos maestros afines a cualquier nacionalismo (centralista o periférico) empeñados en inocular a los alumnos su personal visión de la sociedad y de la historia. Pero no me quiero olvidar tampoco de esos padres *woke* (los despiertos, los iluminados) que sólo dan a sus hijos versiones correctas de los viejos cuentos, en los que los padres no abandonan a Pulgarcito en el bosque o la madre de Blancanieves, en realidad, es su madrastra (nunca puede una madre ser rival de la hija, así lo comprendieron los propios hermanos Grimm en la se-

gunda versión del cuento). Naturalmente al final del cuento tampoco se la obligará a calzar unos zapatos de hierro al rojo vivo para bailar en la boda de su hija, triunfadora ante su perfidia y su envidia.

En todos estos casos hemos pasado de la natural enseñanza al niño de una mirada para situarse en el mundo (obligado y gozoso comienzo encomendado a los padres) al adoctrinamiento, al empeño por evitar que crezca; que pase a una etapa, igualmente necesaria, de construcción personal de su universo, para la que es imprescindible proveerlo de la capacidad crítica, sin escamoteos, sin obligarlo a torcer la mirada, confrontándolo con pensamientos distintos, con visiones diversas de los asuntos del poliédrico mundo (de luz y sombra) al que lo hemos traído.

Esa necesaria enseñanza crítica con respecto al discurso adquirido (para afianzarlo, matizarlo o desecharlo), esa capacidad crítica con respecto a los discursos que nos encontramos todos los días, que nos participan nuestros amigos, los telediarios, los periódicos, las redes sociales, es básica para una sociedad (y para cada individuo) que quiera progresar y que quiera entenderse, convivir, neutralizar los conflictos que inevitablemente surgen en el día a día. Quizá, con la maduración, lo que nos correspondería aprender es que el mundo es una interpretación, y que a cada uno nos ha tocado mirarlo según nuestros primeros aprendizajes desde una sola perspectiva, la que nuestra circunstancia vital nos ha proporcionado. Habría que aprender, al madurar, que hay otras maneras de entender el mundo distintas a la nuestra: opciones que se merecen igualmente respeto, aunque en principio no las compartamos, y que en caso de que estén en conflicto con nuestra posición personal o colectiva, debemos aprender todas las estrategias posibles para deshacer ese enfrentamiento. Debemos ir hacia un discurso social no impositivo, sino compartido y con miras al mejoramiento de nuestras sociedades. Todo eso estaba en el primer espíritu de la retórica, aunque con el paso de los siglos se perdiera e incluso se pervirtiera.

No hace muchos años, en 2019, nos recordaba Alejandro Amenábar, en su película *Mientras dure la guerra*, un comportamiento troglodita, el de la España a garrotazos de Goya, todavía presente en el siglo xx y encarnado por el legionario Millán-Astray (la pistola, el triunfo por la fuerza) frente al filósofo Miguel de Unamuno (la dialéctica, el vencer convenciendo). A la nueva generación se le deberían abrir las carnes sólo con pensar en volver a aquello. Pero las esencias, lo que nos impregna a fondo, no se diluyen con tanta facilidad. Leía hace poco (por poner un ejemplo simple de desentendimiento en el conflicto) el siguiente hilo de X (antes Twitter) escrito en marzo de 2023 por Amelia Valcárcel (@AmeliaValcarcel) en relación con el feminismo y la ley trans: «Leído el “Manifiesto Podemos”. “Tornado transfeminista”. Un centón... Indigesto, imposible, fatuo, de retórica explosiva, inane y tóxica, pleno de izquierdismo mentiroso e infantiloides». Alguien reflexionaba a raíz de sus palabras: «¿Es esto respeto por quienes piensan diferente?». Este botón de muestra que aquí ofrezco no es algo aislado en la caja de los botones. Si seguimos con cierto hábito lo que nos ofrece X, veremos que está bien repleta.

Por la ignorancia (consciente o inconsciente) y por el desprecio al discurso múltiple y variado, por negar la existencia de verdades creadas a partir de experiencias y aprendizajes distintos y distantes entre sí, nos encontramos a diario con los agrios enfrentamientos en las redes sociales: X o Instagram para los más jóvenes, Facebook para los de cierta edad. La televisión ha quedado relegada a los mayores, mientras se impone el mundo del pódcast entre la juventud (*Nadie sabe nada* de Andreu Buenafuente y Berto Romero, *The Wild Project* de Jordi Wild o *Estirando el chicle* de Victoria Martín y Carolina Iglesias, entre otros). Estos medios son, en general, el caldo de cultivo de la bien conocida polarización, el habitísimo *hate speech* (‘discurso de odio’) y los hoy llamados «hatters» (‘odiadores’), que han generado la lamentable violencia del discurso actual en redes y medios de comunicación.

La base que sostiene este discurso del conflicto y el odio es la firme confianza de estar instalados en la verdad. ¿Quién no ha escuchado en las cuñas autopublicitarias de los programas de radio (pienso ahora en el espacio de Àngels Barceló) la afirmación de que en ellos se cuenta la realidad frente a la desinformación? Ésa es la creencia en la que habitamos normalmente, aunque a lo largo de los siglos los fenómenos atmosféricos se hayan explicado de muy diversas maneras (el rayo fue por un tiempo la furia de Júpiter), y aunque si le preguntamos al vecino con el que nos llevamos mal, puede que nos asombre cómo entiende la conflictiva relación que tiene con nosotros, ofreciéndonos un discurso muy diverso al nuestro sobre él.

Dice el filósofo chileno Humberto Maturana que somos individuos, personas, sólo en cuanto somos seres sociales en el lenguaje. Y que todo vivir humano ocurre en conversaciones y es en ese espacio donde se crea la realidad en la que vivimos. Sí, siempre hay un discurso que explica el mundo, que nos explica en el mundo, que sirve para que nos convirtamos en seres sociales. Frente a la realidad objetiva, que unos creen alcanzar y otros niegan poder conocer (cuestión de planteamiento filosófico), está la realidad en la que vivimos, y esa realidad en la que vivimos es una consecuencia de nuestro discursar. Una propuesta a favor de la retórica hoy es una apuesta por la reflexión y el análisis discursivos, por detenernos en ver las estrategias con que otros y nosotros mismos construimos nuestros discursos de entendimiento en la sociedad, buscando nuestro lugar en ella y procurando darle el suyo a los otros para evitar el conflicto y propiciar la convivencia.

Cabe decir, con palabras del extraordinario poeta Paul Celan, que la realidad no viene dada, sino que exige que se la busque y se logre. No hay un solo mundo, puesto que no hay una única mirada hacia él (convengamos en que el mundo es lo que nosotros vivimos como mundo y verbalizamos como tal). «La verdad», decía un personaje de *Sobre hé-*

roes y tumbas de Ernesto Sábato, «está bien en las matemáticas, en la química, en la filosofía. No en la vida. En la vida es más importante la ilusión, la imaginación, el deseo, la esperanza.» Ésas son las verdades sociales (la ilusión, la esperanza en un mundo mejor, con oportunidades y derechos para todos), lo que nos mueve a una sociedad mejor, a un mejor entendimiento.

Pero ¿pueden, en un momento determinado y privilegiado, converger nuestras miradas aunque diverjan nuestros criterios? ¿Un socialista, un miembro de Vox y otro de Podemos pueden coincidir en su mirada? Y si no es así, ¿pueden, con voluntad, llegar a coincidir? ¿Qué se necesita para la convergencia? Seguramente mucha conversación bienintencionada y diálogo con voluntad de eliminar todo conflicto (hay mucho escrito ya por los analistas del discurso sobre el conflicto, sobre las estrategias para su resolución). Quizá haga falta, de manera especial, aceptar que el entendimiento no nos obliga a una absoluta convergencia en la mirada; admitir que nunca conseguiremos que todos los humanos vean y entiendan el mundo de igual manera, y que a la verdad que cada grupo defiende hay que quitarle la mayúscula porque, pese a todo, hemos de entendernos y saber convivir. Decía Unamuno (nuestro gran filósofo y sobre todo gran poeta al que ya me he referido antes): «No es la inteligencia, sino la voluntad, la que nos hace el mundo». Ese desiderátum sólo resulta posible utilizando ciertos polvos *sociomágicos*: una confrontación de altura en el debate social (que no una lucha), con un notorio deseo de entendimiento, más allá de posturas y planteamientos personales (por creencias, por intereses económicos o partidistas, por obsesiones y fanatismos).

A ello ayuda una seria y sólida preparación en las estrategias de la construcción y el análisis de los discursos: el tener conciencia de cómo hablamos y cómo nuestro lenguaje es básico para entender y entendernos en el mundo, para avenirnos con los otros seres y factores del juego social, para com-

prendemos a nosotros mismos en nuestras acciones diarias, tanto en el ámbito colectivo como en el privado. Por tanto, conviene no afrontar los discursos de los otros con un cerebro desprevenido, ingenuamente dispuesto a aceptar lo que se le diga sin analizarlo y ponderarlo; y tampoco hacerlo sin reflexión y análisis previo de lo que se nos ha dicho para conformar un discurso de combate, un arma para aniquilar al contrario sin más, simplemente porque es nuestro opuesto.

El ámbito de reflexión en el que quiero introducir al lector, el de mi apuesta por el rescate de la retórica, consolida un discurso que construye mejores sociedades, que ayuda a librarlas del conflicto. No es cuestión de ingenuidad, de utopismo buenista, sino de potenciar un utillaje que desde siempre ha construido el discurso del entendimiento en democracia (que con todos sus defectos fue el mejor legado de los clásicos); me refiero a la teoría y a la praxis discursiva de los grandes oradores y de los maestros del discurso político-social.

Ese discurso retórico no es el de la vaciedad, como se pretendió vender durante los siglos de la Ilustración y de la decadencia occidental de la retórica, sino el constructor de estados: el que fundó las democracias ateniense y romana, el que en sus más iluminadores comienzos sostuvo ejemplarmente la democracia de los Estados Unidos. Es el discurso del que nos vamos a ocupar en los capítulos siguientes: de su nacimiento, de su historia, de su desprestigio histórico por el asentamiento de discursos de poder cultural y político impositivos. Vamos a ver cómo el humanismo que lo sostiene propugna algo más que la razón, pide visión social, fantasía para construir siempre más luminosas sociedades, renovados seres humanos en sus garantías de mejora social y personal. El mundo de la retórica es el de las cosas que el ser humano ha hecho y hace, el de su hacerse de nuevo cada día mejorando; el que enseña una sabiduría general (soy aquí el eco de Giambattista Vico, con el que nos familiarizaremos pronto): la facultad que ordena todas las disciplinas,

por las que se aprenden todas las ciencias y las artes que perfeccionan la humanidad. Y en el centro, el lenguaje. Siempre el lenguaje.

La lengua hace el mundo. Es fundamental (fundamento, quiero decir), porque en el debate que construye el mundo (el nuestro, en el que vivimos día a día), en el diálogo para su entendimiento, en las estrategias discursivas, se encuentra la clave. Recuerdo, en respuesta a un tuit de Luz Sánchez-Mellado escrito en abril de 2021, estas palabras de RedFeminista:* «Las feministas denunciarnos que #sexonoesgenero y las personas transexuales son transexuales, no mujeres. Eso no debería mermarles derechos. Bienvenida a la cordura y a la verdad». El problema entre feministas y trans es de gran actualidad en nuestra sociedad en estos momentos. ¿Son mujeres las mujeres trans? ¿Se hace necesario distinguir entre sexo y género? Quien defiende en su tuit que las transexuales no son mujeres lo anuncia como una verdad absoluta, por tanto, acaba el mensaje con ese «bienvenida a la cordura y a la verdad». ¿Con qué nos encontramos ante una respuesta y un planteamiento de este tipo? Con el problema epistemológico y ontológico de la verdad, de la verdad con mayúscula. Una idea que rechaza la retórica, por ser la disciplina que ayuda a hacer el discurso del replanteamiento constante de la sociedad. Puesto que el discurso retórico construye las sociedades (atención, ¡estamos en obras!), la retórica nunca hablará de verdades absolutas (éstas quedan para los filósofos de la raigambre de Aristóteles o René Descartes), sino de verdades sociales para un tiempo y un espacio social. *Rhetor condit civitatem*. El *Homo rhetoricus* funda la ciudad, pero no la ciudad de Dios (la de lo eterno, lo inamovible), sino la que viven los humanos, sus leyes, sus modos de vida, su política, su economía, su libertad, su vida en común y en entendimiento. Una ciudad en permanente cambio hacia su mejoramiento.

* Así aparece en X la Red Estatal Feminista (España).

Se supone (o es lo que nuestra sociedad suele pensar desde que se le inculcó el espíritu cartesiano, racionalista) que la resolución del problema del encuentro con la verdad está ahí fuera, en nuestro empeño por observar la realidad exterior, objetiva. Así se inicia en el conocimiento el niño, y vive gustoso en su verdad paterna mientras le es posible. Pero en ningún momento de nuestra historia ha habido ni un solo instante en que todos los humanos, mirando a un único punto, coincidieran en su visión de la realidad. La filosofía ha consistido en una multiplicación constante de teorías y matices de las mismas. Las religiones tampoco han mirado hacia un único dios o conjunto de dioses, y las historias propiamente dichas, como comenta un personaje de Leonardo Padura en *La novela de mi vida*, se escriben «con omisiones, mentiras, evidencias armadas a posteriori, con protagonistas fabricados y manipulados». Y acaba diciendo que los dueños del poder fabrican constantemente esta falsedad histórica «y la verdad histórica es la puta más complaciente y peor pagada de cuantas existen».

«La verdad os hará libres», dice Jesucristo a los judíos, según el Evangelio de san Juan, pero se lo dice a aquellos que habían creído en él. Hay un acto previo para llegar a la verdad: creer en las palabras que la defienden como tal. Ése es el modo de conocer la verdad y hacerse libres: *autoconvencerse*, creer en un discurso como discurso de verdad. Y esa fe no tiene por qué ser religiosa. Existe para nosotros, todos los seres sociales en el lenguaje, la verdad del discurso. Sí hay una verdad: la discursiva, y cada grupo humano, cada individuo, debe comulgar el suyo, el discurso que lo asiente en el mundo, sin perturbar el de los otros. Al margen de lo religioso, el mecanismo siempre es el mismo: debemos construir un discurso interpretativo del mundo que asumamos como nuestro, como explicación de nuestra manera de ver y entender el contexto en el que vivimos. Eso permite que, en este mundo en el que habitamos, haya por igual creyentes de diferentes dioses, religiones sin dios y también ateos

confesos. Lo que nos da seguridad en nosotros mismos es asumir que el discurso en el que creemos nos da razón plena respecto a cómo vemos el mundo.

Nuestra ataraxia está en vivir en armonía con nuestro discurso (pero con aceptación y respeto a lo otro). Lo contrario es agobiante, irrespirable, destructivo. Que se lo pregunten a tantos homosexuales que durante siglos han tenido que habitar impositivamente un discurso heterosexual y machista. En ocasiones esa contradicción interna entre discurso personal interiorizado y discurso social obligado ha llevado a algunas personas al suicidio. Hoy, superado al parecer en Occidente el problema social del colectivo LGTB+, que en otros siglos causó muertes por condenas civiles y múltiples suicidios, el asunto de las personas trans sigue sin resolverse.

La verdad y la libertad, tan básicos para la sociedad humana, pasan por la construcción discursiva. En la campaña de las elecciones en Madrid del 4 de mayo de 2021, tan agriada y polémica, el partido ultraderechista Vox pegó un cartel electoral por las calles con este texto: «Un mena 4.700 euros al mes. Tu abuela 426 euros de pensión al mes». Como bien sabemos, los menas son menores inmigrantes no acompañados. Ante este infundio notorio, hubo distintas reacciones, entre ellas una que quiero destacar, porque ilustra bien los presupuestos de mi reflexión, es la de Gabriel Rufián, diputado de Esquerra Republicana de Catalunya en el Congreso. Menciono esta intervención en especial porque recuerda y comenta un eslogan de la derecha (del Partido Popular) para la misma campaña: «Comunismo o libertad». Tanto el texto del cartel de Vox como el eslogan de Ayuso nos sirven para ilustrar nuestra reflexión sobre la construcción del entendimiento del mundo a través del lenguaje. Se esfuerza Gabriel Rufián,* durante su intervención, en mos-

* Parte del discurso de Gabriel Rufián, pronunciado el 20 de abril de 2021 en el Congreso, puede verse en el siguiente enlace: <<https://youtu.be/odN19uNmvwv>>.

trar que el uso del concepto de *libertad* ha sido tergiversado por la campaña de Isabel Díaz Ayuso. Se pregunta si libertad es «poder hacer lo que se quiera hacer o es poder ser lo que se quiera ser», y continúa: «¿Se puede ser libre sin tener dónde dormir? ¿Se puede ser libre sin tener qué vestir? ¿Se puede ser libre sin tener qué comer?». Así prosigue su contundente alegato con una estructura anafórica (es decir, con un mismo inicio en todas sus preguntas) que tiene gran tradición retórica y ha mostrado su efectividad a lo largo de las épocas. En un momento determinado también se pregunta: «¿Se puede ser libre sin estar bien informado?».

La información pasa necesariamente por la preparación para informarse bien, por la capacidad analítica de las situaciones sociales (que han de tener los ciudadanos), y esa capacidad analítica a su vez se fundamenta en la reflexión y el análisis de los discursos sociales. Un pueblo que no ha sido educado y no ha madurado hasta el nivel más alto del uso de la lengua (la capacidad de crear y de analizar discursos públicos) es una comunidad que fácilmente cae en las añagazas, en las falacias discursivas de unos políticos que, en más de una ocasión, son poco éticos. Quien dice políticos dice cualquiera de los grupos sociales con poder comunicativo. Hoy en día se empieza a tener muy en cuenta a los jóvenes *influencers*. Los ciudadanos deben ser capaces de detectar los engaños discursivo-lingüísticos que puedan venir de todas estas colectividades. En las últimas décadas, los estudiosos de la argumentación han trabajado mucho sobre los paralogismos, es decir, la argumentación falaz, una argumentación que no respeta alguna o muchas de las reglas que aseguran la validez de un argumento. Quien no ha reflexionado sobre los modos de argumentar en el discurso público, quien no es capaz de detectar un paralogismo, está en manos de los falaces, de los políticos arteros (es decir, ladinos y marrulleros) o de cualquiera de los modelos sociales, ya sea un deportista, un cantante o cualquier personaje público que opina sobre cualquier cosa que ignora (pienso ahora en Miguel Bosé y su

negacionismo). Estos modelos funcionan muy bien en los procesos de identificación psicológica, creando tendencias sociológicas de imitación. Se utilizan mucho en publicidad, en unos mensajes que Marco Fabio Quintiliano, el gran enciclopedista del saber retórico de la Antigüedad, negaría para el mundo de la retórica.

Todo esto se complica con las ideologías asumidas: discursos que aceptamos como nuestros, como nuestra visión del mundo, pero que pueden ser peligrosos (en el sentido de que son una incursión ajena, un virus inoculado) si no provienen de una asunción personal en la madurez, si sólo son discursos que se nos han inculcado desde niños y los hemos aceptado sin una reflexión suficientemente madura. Es evidente que contra esto sólo cabe una educación del todo abierta, con discursos basados en la confrontación dialéctica, que lleven a una elección meditada de la ideología que a cada cual le parezca más cercana a su actitud vital. Es comprensible que ciertos padres adoctrinadores se vuelvan furibundos contra estos planteamientos y no quieran ni oír hablar de que sus hijos deben ser ciudadanos libres de una sociedad plural y que, en el contraste discursivo, necesitan construir su propio ser social, elegido por ellos mismos, asumido por ellos mismos. El discurso hay que encarnarlo, hacerlo nuestro, guía de nuestro vivir. Recordemos que, en la Institución Libre de Enseñanza, que representa uno de los pocos momentos de gran altura en la educación en España, crecieron grandes personalidades que optaron por pensamientos y actitudes muy variados.

Se encuentra siempre, todo análisis de la sociedad o de un ente social, inevitablemente intersecado (podemos decir empañado) por discursos asumidos, por ideologías personales, por modos de ver el mundo, la mayoría de las veces heredados: aprendidos en la escuela, en la escuela de la vida (amistades, intereses, desengaños), y principalmente en la casa familiar. A favor o en contra de esas ideologías, de esas creencias, se construye toda la dialéctica personal de nuestra vida.

Las personas que vivieron el franquismo sufrieron el adoctrinamiento de la Enciclopedia Álvarez.* Muchos de los hijos del régimen, cuando llegaron a la universidad, lucharon contra la ideología de los padres haciéndose socialistas o comunistas. Así sucedió en los años sesenta y setenta del pasado siglo en España. Hoy y siempre, seguimos viendo cómo cualquier opinión nace de un entramado profundo de creencias y visiones adquiridas del mundo, de la experiencia, lo que llamamos muchas veces *inteligencia cognitiva*. La experiencia del sentimiento, de la frustración o la satisfacción, entre otras emociones, construye nuestro pensamiento, nuestras actitudes y comportamientos, muchas veces más y mejor que todos los razonamientos posibles. Pongamos un ejemplo de no hace mucho. Haciendo una etopeya de Rocío Monasterio (empresaria, arquitecta y política de Vox), dice Juan José Millás: «Tiene esos gestos, esa picardía, esa maldad que evoca la de un sector religioso capaz de arrebatar a un recién nacido del pecho de su madre para vendérselo a una familia de bien».** *El País* tuiteó esta frase de un artículo que había publicado el periodista y conocido novelista en dicho periódico para darle la mayor difusión posible. No es posible escribir un texto así sin tener presente la experiencia o el conocimiento histórico del comportamiento de las monjas del nacionalcatolicismo franquista. Es presumible que un católico actual, practicante, por muy alejado que se encuentre de ese pensamiento ultracatólico y por muy crítico que sea con él, no elaboraría un artículo de estas características. Como

* A partir de la entrada en vigor del Plan de Estudios de Enseñanzas Primarias en 1945, todos los niños del franquismo entre los seis y los ocho años se educaron con los tres tomos de la enciclopedia de Antonio Álvarez Pérez. Además de otras materias previstas en el plan, figuraban los apartados de historia y religión, y ambos respondían plenamente a la llamada «formación del espíritu nacional».

** Juan José Millás, «Rocío Monasterio, “pellizco de monja”», *El País*, 23 de abril de 2021. <<https://elpais.com/espana/elecciones-madrid/2021-04-23/rocio-monasterio-pellizco-de-monja.html>>.

podemos comprobar, el problema del discurso y la ideología es muy complejo, y también ha sido ampliamente estudiado. Un referente sin duda es Teun A. van Dijk, notorio analista del discurso de origen holandés que acabó instalándose en España como profesor de la Universidad Pompeu Fabra, donde ha culminado su carrera de investigador. A él debemos importantes trabajos sobre la psicología del procesamiento del discurso, sobre la ideología y, en consecuencia, sobre temas tan candentes como el discurso racista.*

Es necesario que esta nueva civilización globalizada, que ha vuelto a la oralidad en forma de *eucaristía digital* (como dice el filósofo coreano Byung-Chul Han), de manera muy especial y diría que alarmante, recupere el estudio de lo que fue un término despreciado durante mucho tiempo tanto en la sociedad como en la enseñanza: la retórica. Veremos en los capítulos siguientes cómo la cultura occidental la ha enmascarado con apariencias varias, dándole otras razones de ser, otros modos de brillar, para neutralizar su potencial sociopolítico, que, sin embargo, es su básica razón de ser.

La retórica es la disciplina que enseña a crear y a analizar discursos de persuasión social, con base deontológica. Y su reivindicación ha de luchar contra el viejo fantasma de sus falsas imágenes y un desprecio de siglos, problemas que todavía se cuelan en el discurso social diario. Aunque sea un ejemplo ya algo lejano, recuerdo una sesión del Parlamento español en el que se pudo escuchar a Joaquín Almunia (diputado del Partido Socialista Obrero Español) decirle a José María Aznar (del Partido Popular) que era un sofista, y viceversa, y nadie se asombraba. Retórica para esos políticos era sinónimo de engaño, de discurso falaz. El término todavía tiene esa carga social años después, a pesar de que ahora proliferan los estudios de retórica por las nuevas enseñanzas universitarias. El 5 de abril de 2023, el periódico *El Norte de*

* Un libro suyo de referencia ineludible es *Ideología: una aproximación multidisciplinaria*, publicado por Gedisa en 1999.

Castilla publicaba el siguiente titular con palabras del periodista Vidal Arranz: «Estoy más atento a los argumentos que a la retórica». Es decir, a la verdad que a la mentira. Son los restos del grado de perversión que ha alcanzado el uso del término durante siglos, y que pervive todavía, como vemos, en el siglo XXI. Una verdadera corrupción del término, dado que la retórica es todo lo contrario: un útil social para consensuar la verdad de un tiempo y un espacio, la verdad que conviene a un pueblo para su mejora en cualquiera de los terrenos que se trate.

Pero también hemos de decir que a partir de la segunda mitad del siglo pasado se realizó un acercamiento a la vieja disciplina. Una recuperación en ningún caso monumentalista (es decir, como estudio arqueológico de una disciplina obsoleta), sino como útil mecanismo de confección discursiva, con rendimiento en las actuales disciplinas del discurso público, político y social: desde el académico al publicitario. Tanto es así que los ámbitos más interesados en la retórica han sido de un tiempo a esta parte los de las ciencias de la comunicación. Aunque hay un grave problema: los más interesados son los menos conocedores de la teoría, mientras que los teóricos del conocimiento retórico se mueven, aunque con dificultad, en los ámbitos humanísticos, que, sin embargo y paradójicamente, suelen vivir todavía en el decimonónico desprecio de la disciplina retórica y en la voluntaria ignorancia hacia la misma. La universidad española es un pesado animal que camina lento.

La nueva sociedad que se ha impuesto, el mundo globalizado, ha sustituido la escritura como medio fundamental de las relaciones entre personas y pueblos por un discurso oral, al modo de las viejas civilizaciones orales que descubrieron el arte de bien decir, cuando la retórica de los tiempos clásicos, en Grecia y Roma. Desde las viejas cartas de los embajadores, para las relaciones entre reinos, hasta las personales, familiares o comerciales, el papel escrito que transmitía la información se sustituyó primero por el teléfono convencio-

nal, el fax, la primitiva televisión, y luego por todos los productos comunicativos que ha propiciado internet. En la actualidad todo el mundo está habituado, en el trabajo y en la vida personal, a las videollamadas y las conversaciones por móvil. Un jovencito de hoy, dependiente de su *smartphone*, como la mayoría, me comentaron que le preguntaba no hace mucho a su primo, alumno mío y quince años mayor que él: «Cuando no había móvil, ¿cómo quedabais los amigos?».

A ese joven de hoy en día se le hace más necesario ahora que en tiempos anteriores conseguir ser ducho en la construcción de textos discursivos para argumentar a favor o en contra de un asunto de interés social. Si quiere hacerlo bien, se verá obligado a realizar una investigación exhaustiva sobre el asunto que necesite tratar en su discurso, y también a contemplarlo meditativamente desde todos los puntos de vista posibles o, al menos, los que a él se le ocurran. Después tendrá que elegir los mejores argumentos y ordenarlos para conseguir un mayor impacto en el auditorio. Una serie de estrategias discursivas le serán obligadas para ganarse la benevolencia y la permanente atención de su público. Finalmente deberá memorizar su trabajo (a la vez que tener cierta capacidad de improvisación) y ponerlo en acto atendiendo cuidadosamente a los gestos y a las inflexiones en la voz. Todo un poderoso mecanismo al que dedicaremos espacio en capítulos sucesivos y que para dominarlo en su totalidad requiere abundante práctica y poner en ejercicio todas las dotes humanas, intelectuales y de relación social. ¿Dónde están los programas de educación pública que atienden a estas necesidades? Sin embargo, en la sociedad actual todo va en esta dirección. Pensemos en esos vídeos condensados y con contenidos claros e impactantes del divulgador Miguel Charisteas que tienen tantas visualizaciones.*

* Rubén Pareja, «Miguel Charisteas: “Nunca podremos hablar de justicia si realmente no podemos elegir a quien nos representa”», *Nostro Magazine*, 15 de enero de 2019. <<https://www.nostromomagazine.es/miguel->

Los estudios de retórica (para entendernos con conceptos actuales, considerémoslos equivalentes a la confección y al análisis de los discursos sociales con intención persuasiva) tienen implicaciones más profundas que las de la construcción de un buen discurso, bien palabreado, bien adornado. Hacer el discurso es hacerse en el discurso, dialogar socialmente es construir la sociedad en la que hemos de vivir. Con palabras del filósofo Platón (lo dice en su diálogo *Teeteto*), podemos decir que la verdad más elevada para un hombre cualquiera es lo que él cree que es esa verdad. Por tanto, nuestro compromiso con el discurso que creamos equivale a nuestra confianza en él. Cualquier discurso con intención persuasiva que dirijamos a los demás ciudadanos debe estar basado antes en la *autopersuasión*, como ya hemos dicho. Sólo aquello en lo que creamos debemos compartirlo con terceros con la intención de persuadirlos de nuestra opinión. Naturalmente los discursos espurios, con otras intenciones (como pueden ser los comerciales con pretensión exclusiva de vender un producto para obtener un beneficio, al margen de la bondad del artículo), no pueden ser los que nosotros atendamos. Aunque un profundo conocimiento de la construcción del discurso, de las estrategias persuasivas de éste, sirve también para alertarnos contra esos discursos espurios, falseadores y malintencionados.

La habilidad que nos conduce a crear un discurso en el que creer, es la habilidad esencial para la construcción y el mantenimiento de una sociedad civilizada, y así entendernos como individuos y encontrar nuestro lugar en ella. Nuestra sociedad actual, tras la larga lucha del discurso feminista, ha construido una nueva manera de entender a las mujeres y su papel social, igual al del hombre. A su vez, también hemos conseguido dar honorabilidad a los otros modos de constituir familias (monoparentales o entre personas del mismo géne-

charisteas-nunca-podremos-hablar-de-justicia-si-realmente-no-podemos-elegir-a-quien-nos-representa/>.

ro, entre otras) y estamos en el camino de nuevas leyes para las personas trans. España ha desmontado el poder conservador que impedía la eutanasia y quitaba dignidad al ser humano en nombre de unas creencias particulares, que con esa ley no se conculcan, simplemente se desactiva el poder impositivo del pensamiento conservador para toda la sociedad. Esto es lo verdadero de este tiempo que nos toca vivir. Una serie de verdades que las leyes sancionan (discursos aceptados, elevados a reglamento social) y que hacen la vida menos dolorosa, sin eliminar la pluralidad de criterios y de comportamientos personales. Y así seguimos construyéndonos, con nuevos retos, con nuevos conflictos que resolver. Será fundamental, para conseguirlo, apoyarnos en la retórica.